

P. JORGE LAMOTHE LÓPEZ-ARROYABE S. I.
(MÁLAGA, 20 DE MAYO DE 1927 – GRANADA, 6 DE AGOSTO DE 2000)
IN MEMORIAM

Wenceslao Soto Artuñedo, S. I.
Compañía de Jesús. Provincia Bética

“Siempre con su sonrisa y con su problema, el de los pobres a los que atendía y eran tantos. Hombre, sacerdote de fe recia y de libertad atrayente, incluso para el que se sentía desconcertado. [...] Después de verlo y oírlo no nos quedábamos tranquilos”

Son palabras que le dedicó a Jorge Lamothe, Don Francisco Parrilla, Vicario Episcopal para el Clero y la Vida Consagrada, recientemente fallecido, en una semblanza publicada en el Boletín del Obispado de Málaga. Con ellas quiero iniciar este esbozo que abre el número de la revista que la Asociación Cultural Isla de Arriarán le dedica al P. Lamothe, integrándolo, así, en la galería de próceres malagueños.

Jorge Lamothe, hijo de Próspero (que participó a la creación de los coquetos jardines de Puerta Oscura) y María del Carmen, había nacido en una familia acomodada, de apellido ilustre. Los Lamothe formaban parte de aquellas familias europeas que se instalaron en Málaga en el siglo XIX y contribuyeron al desarrollo económico y comercial de nuestra ciudad. En Francia, su país de origen, Lamothe, está relacionado con la pequeña villa de Sauternes, cerca de Burdeos, y más en concreto con el vino Chateâu de Lamothe. En Málaga, también Lamothe recuerda a una de las principales bodegas que se crearon tras la filoxera, inaugurando la etapa de los vinateros que, interesados por devolver el prestigio a los vinos malagueños, comenzaron a elaborarlos con nuevas técnicas de vinificación. Nos referimos a las Bodegas Jiménez y Lamothe, que eran un ejemplo industrial por el proceso productivo. También pertenecía a la misma firma la destilería de Manzanares, la primera en su género en toda España. Desde mediado el siglo XIX, fueron pioneros en la elaboración

de los brandis, que entonces todavía se llamaban “coñacs” y de los que ha llegado hasta nuestros días el universalmente famoso «1866». Fueron la base de las Bodegas Larios, pues Larios y Cía., con el marqués del Genal, no sólo adquieren sus botas de añejar, sino la toda la organización, las líneas de embotellado, oficinas, aparatos para fabricar alcohol, viñedos, etc.

Jorge vio la luz primera en Málaga el día 20 de mayo de 1927, y fue bautizado en la Parroquia de San Pablo, zona que después llegará a conocer palmo a palmo. Estudió en el colegio de San Estanislao, donde comenzó el primer curso de su reapertura en 1937, después de la disolución de la Compañía por la II República española en 1932. Vivió intensamente aquellos años de posguerra, tan marcados por los dolorosos recuerdos de la Guerra y por la inevitable cultura del régimen franquista victorioso en aquella desgraciada contienda. En ese colegio cultivó la vida piadosa con una profundidad tal que llegó a sentir el deseo de entregar su vida a la causa de Cristo. Siendo un niño mayor ingresa en el Seminario Menor, en el mismo colegio, para proseguir el proceso de discernimiento que le llevaría a pedir su admisión en la Compañía de Jesús, una vez que acabó el Bachillerato y tenía aprobada la reválida.

Así, fue recibido en el Noviciado de El Puerto de Santa María (Cádiz) el 27 de agosto de 1944, con unos flamantes 17 años y con la madurez suficiente como para tomar esa decisión que mantendrá toda su vida.

Su formación transcurrió según el centenario currículo jesuita. Hizo el Noviciado en El Puerto de Santa María, donde, después de los primeros votos pronunciados ante el P. Agustín Palacios el 28 de agosto de 1946, continuó estudiando Humanidades en la etapa que los jesuitas llaman Juniorado. Entonces enferma de los pulmones, como muchos compañeros, y es enviado a la casa de Cartuja (Granada) para su convalecencia y restablecimiento. En este curso que pasó en Granada, su buena preparación en Lenguas Clásicas y Humanidades le permitió ser profesor de sus mismos compañeros juniore convalecientes.

Superada la enfermedad marcha a la siguiente etapa, en el filosofado de Chamartín de la Rosa (Madrid), donde, desde 1950 a 1954 se dio al ejercicio de la abstracción y especulación filosóficas, con un buen plantel de profesores, como Díez Alegría, Gómez Nogales, Hellín o Salcedo. La enfermedad volvió a visitarlo por lo que hubo de interrumpir un año el curso de sus estudios para convalecer en Granada. Ya mostraba interés por las lenguas clásicas y las vivas, y aprovechó las interminables horas de inactividad en Granada para estudiar Inglés, y, vuelto a Chamartín, también estudió Alemán, en su último año. Al final de este periodo recibió los ministerios menores de manos de Monseñor Juan Ricote en junio de 1954.

Acabada la Filosofía, la formación jesuita prevé una etapa de aterrizaje en la realidad. Esto es el Magisterio, unos años de docencia bregando con la chiquillería en clase, en los recreos y en el Internado, cuando lo hay. Los jesuitas veteranos le sacaban provecho al caudal de energía y vitalidad de un joven con ansias apostólicas que sale de una reclusión académica, por lo que eran años de duro trabajo. En la sevillana Huerta del Rey, lugar del



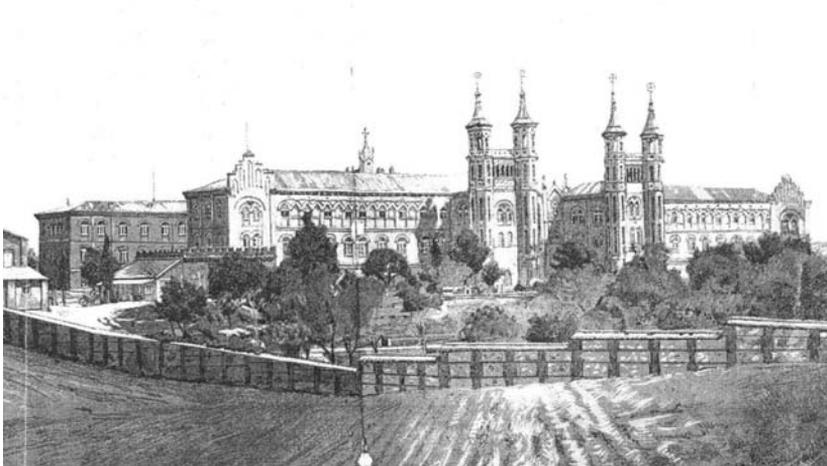
Parroquia San Pablo, donde fue bautizado
(foto S. Artuñedo)



Colegio San Estanislao, donde estudió y trabajó (foto S. Artuñedo)



Antigo Noviciado de El Puerto de Santa María (Cádiz) (foto S. Artuñedo)



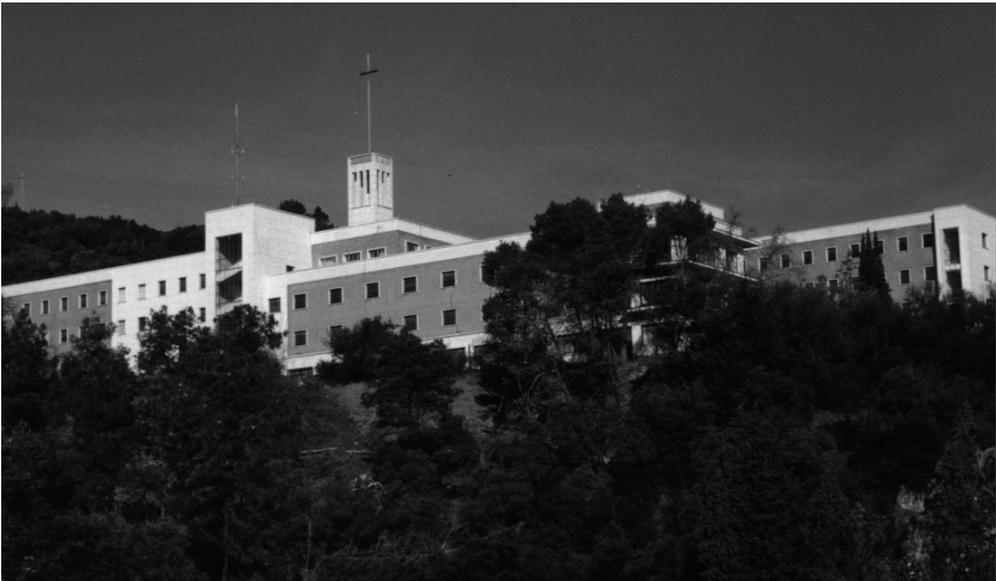
Antigo Filosofado de Chamartín de la Rosa (Madrid)



Colegio Portaceli (Sevilla) (foto S. Artuñedo)



Antigua Facultad de Teología de Cartuja (Granada)
(foto S. Artuñedo)



Antiguo Noviciado de Córdoba (Tercera Probación) (foto S. Artuñedo)

antiguo convento de dominicos de Portaceli, entonces en el extrarradio de la urbe, se había inaugurado el moderno edificio del colegio Inmaculado Corazón de María (Portaceli). Allí tuvo Jorge su estreno y su entrenamiento en el arduo campo de la docencia, y aún sacaba tiempo para asistir a clases de Inglés en el British Institute de Sevilla. Después de tres cursos (1954-1957) le vino el reto de continuar con la enseñanza, ahora en su colegio de El Palo (1957-1958).

Superada esta prueba de realismo y adquiridas algunas habilidades académicas, inicia los cuatro cursos (1958-1962) en la Facultad de Teología de Cartuja (Granada), en las afueras de la ciudad, entre libros, clases con probados profesores, largas sesiones de estudio, análisis de tesis teológicas, ... actividades académicas salpicadas con unas saboreadas salidas apostólicas semanales por la vega de Granada, soportando un frío que se hacía más crudo al añorar el suave clima de su Málaga mediterránea, etc. Continuó cultivando su amor a la lengua de Shakespeare y obtuvo un diploma en Lengua Inglesa por la Universidad de Granada. Antes de acabar la Teología, como es habitual en la Compañía, fue ordenado sacerdote el 15 de julio de 1961 por Monseñor Rafael González Moralejo. Debió ser uno de los hitos en su vida por el caudal de emociones y vivencias adelantadas que invaden atropelladamente a los ordenandos en ese día tan especial.

Para recibir el sello de calidad de la Orden aún le quedaba la última etapa de la formación, la Tercera Probación (1962-1963), una vuelta al afecto espiritual para completar la aridez de los estudios, para poner más calor y mística a los contenidos asimilados, para convertir en sapiencial la sabiduría acumulada. La realizó en un nuevo inmueble en La Aduana, el Noviciado San Francisco de Borja, edificio apostado como un mirador sobre la ciudad en la subida a la sierra cordobesa, y fue su instructor el P. Francisco Cuenca, que, siendo rector de El Palo, lo había acogido como alumno.

Ahora sí. Ahora se podía decir que ya había concluido la larga formación inicial del jesuita, en este caso, más, aún, que lo habitual. La había comenzado siendo un adolescente de 17 años lleno de deseos e ilusiones y salía convertido en un adulto en plena madurez, con 36 años, dispuesto a proyectar sus ideales en una batalla vital en el mundo.

Su primera etapa de apóstol la dedicará a la enseñanza en las Escuelas Profesionales de la Sagrada Familia (SAFA), una red de escuelas creada en la posguerra por el P. Rafael Villoslada para posibilitar la formación humana y la capacitación profesional de los hijos de los trabajadores andaluces. Los dos primeros cursos (1963-1965) estuvo en la industriosa Andújar (Jaén). Allí fue espiritual y profesor de los pequeños, y cura pedáneo del poblado de San José del Escobar. El 15 de agosto de 1964 acude a la casa madre de la SAFA, en Úbeda, para sellar su compromiso definitivo con la Compañía de Jesús, pronunciando los últimos votos, que fueron recibidos por el P. Cristóbal Sánchez. En el escenario iliturgitano, recién entrado en el combate apostólico, se le manifiesta una de sus grandes pasiones y empieza a tratar con el mundo gitano, tanto, que en abril de 1965 asiste a la segunda convivencia nacional de apostolado gitano, en la que tiene una ponencia sobre "Promoción religiosa de los gitanos". Ya su afectividad quedará desequilibrada para siempre, volcada hacia el lado de los necesitados.



SAFA de Andujar (foto S. Artuñedo)



SAFA de Almería (foto S. Artuñedo)



SAFA-ICET (Málaga) (foto S. Artuñedo)



Residencia de la Compañía de Jesús (Málaga) (foto S. Artuñedo)

Su segunda estación en SAFA será en la agostada Almería (1965-1973), como espiritual de aquella escuela. Pero aquí el aula va pasando a un segundo plano relegada por su apostolado directo en campos fronterizos. Ejerce como cura de los gitanos y promotor social en las Cuevas de San Roque en el barrio de La Chanca, inicia el Apostolado del Mar y colabora en la parroquia del Cabo de Gata.

En 1973 vuelve a su luminosa ciudad natal, donde trabajará el resto de su vida apostólica. Comenzó en el ICET, aquella escolita iniciada por el navarro P. Ciganda en 1937 en una modesta atarazana abandonada, convertida ahora en un emergente centro que acabará integrándose en SAFA, en primera línea de playa, donde se formaban los hijos de los marengos. Aquí fue espiritual y profesor, y, al mismo tiempo, su inquietud sacerdotal lo llevó a trabajar en La Cala del Moral donde fue párroco desde 1976 a 1981. Aquí se entregó más de lleno a los gitanos, a quienes protegía, les pagaba las medicinas, les daba las limosnas que él recibía,... Era incisivo en sus homilías, completando sus gestos vitales con la palabra, especialmente en verano, donde los veraneantes no cabían en la pequeña parroquia y se habilitaba una iglesia al aire libre en el patio del colegio. Solía arremeter contra las situaciones de injusticia, y, en concreto, aquella que permitía que hubiera quien tenía doble vivienda, una de las cuales sólo era usada ocasionalmente para vacaciones, mientras otros no disponían de ninguna. Sus parroquianos permanentes, gente sencilla, y muchos de los veraneantes, lo querían, aunque tampoco compartían su defensa a ultranza de los gitanos. Lo veían necesitado de alimentación, ropa, etc. y le ayudaban, pero si no lo hacían más era por el temor a que los donativos fueran a parar a sus protegidos. Creció la actitud crítica hacia el párroco cuando instaló a una familia gitana en una caravana que les compró e instaló en el cauce seco del Arroyo Totalán. Todo esto le acarreó la incompreensión de algunos. Dinamizó la parroquia con grupos de jóvenes, pero ante alguna necesidad hasta olvidaba su agenda. Una noche de Sábado Santo no llegó para celebrar la Vigilia Pascual, y, después de esperar un rato largo, con la pequeña iglesia repleta de fieles, un joven estudiante jesuita que fue varios años a acompañarlo y ayudarlo en la parroquia durante la Semana Santa y el verano, tuvo que salir al quite e improvisar una liturgia de la palabra. En esta época también se interesó por la historia de poblaciones como Totalán, pateó su orografía y se deleitó con hipótesis como la de aquellos piratas vikingos que por el siglo VIII acabaron subiendo el arroyo Totalán para asentarse en los montes. Creía ver en los niños rubios de los montes a los descendientes de aquellos nórdicos.

También fue profesor de Religión en el Instituto de El Palo y, de 1982 a 1985 se adentró más en la Axarquía como párroco de Almáchar, mientras daba clases en algunos colegios de religiosas de Málaga.

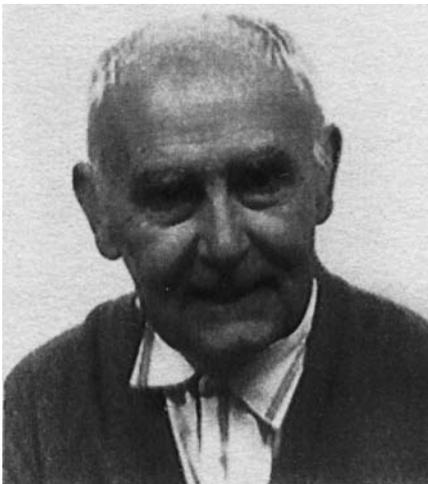
En 1983 es destinado a la Residencia del Sagrado Corazón, en la Calle Compañía, llamada calle de las Guardas tras la Reconquista, por tener asentamiento en ella las Guardas reales, que forma parte de la arteria urbana que cruza el centro de Málaga de Este a Oeste. Desde este enclave colaboró en la parroquia de Santo Tomás de Aquino, fue vicario parroquial de la de San Antonio María Claret, y, de 1985 a 1990, coadjutor de Santo

Domingo, en el barrio de El Perchel. También fue capellán en la Ciudad de los Niños y de las Religiosas Adoratrices, colaboró en la capellanía del cementerio, y se insertó en las comunidades neocatecumenales de las parroquias de San Antonio María Claret, Santo Tomás de Aquino y San Patricio.

Ayudaba a los pobres y se dejaba explotar por ellos. Pero también quiso ser pobre, y se hizo vecino de Los Asperones, aquel gueto artificial cerca del cementerio, anarquía donde la droga y la delincuencia eran la ley. Allí, cerca de los gitanos, ahora reconvertidos en traficantes, muchos de ellos, dormía dos noches por semana en una casa prefabricada que le dejaron. Le robaron un sagrario en una improvisada capilla y, sus compañeros de Carranque le regalaron otro, que no le duraría mucho, aunque era de latón, ya que las rejas de sus ventanas estaban permanentemente forzadas. Como no era muy amigo del reloj, más de una vez le sorprendió la oscuridad de la noche caminando hacia ese barrio por la cuneta de la estrecha carretera expuesto a varios peligros, que parecía no percibir o no importarle. A veces alguien lo rescataba de ese incómodo paseo y lo llevaba de paquete a su casa. Otras veces, sobre todo en invierno, iba metiéndose en todos los charcos del camino. Reaccionó a las instancias de sensatez y dejó aquel dormitorio.

Siendo coadjutor de la parroquia de Santo Domingo, su interés por aliviar las carencias de los menesterosos le llevó a crear el comedor de la calle Pulidero que ahora atienden los dominicos. El diario *Sur* del 6 de marzo de 1988, publicaba un amplio reportaje sobre él ilustrado con fotografías. El pie de foto de una de ellas decía: “El P. Lamothe ha conseguido que el comedor de la calle Pulidero dé comida diariamente a sesenta personas”.

Se interesó también por los sin techo, y quiso alojar a algunos en corralones, entre ellos, Miguel, que pasó 12 años pidiendo en la puerta de la iglesia del Sagrado Corazón.



Jorge Lamothe: una de sus últimas fotos

Esto le llevó a su última “aventura” en 1994: la fundación de una casa para indigentes, un refugio para los sin techo, la Casita de San José en Calle Granada, desde la que quiso ayudar a los que marcaron su vida, desde el amor que sentía por Jesucristo: los pobres de los pobres. Todos veían que este proyecto, tal como lo realizó, tenía más corazón que cabeza, pero no podían negarse a ayudarlo. Incluso planeó alquilar un cortijo, una casa en Gibralgalia,... Se veía a sí mismo como un padre de una familia numerosa que día a día tenía que ganar o mendigar el pan de sus hijos. Cuando las facturas apremiaban visitaba insistente a amigos y compañeros a los que oportuna o inoportunamente les urgía una ayuda para su “familia”. Muchas de las noches que dormía en la Casita de San José las pasaba



Parroquia de Santo Domingo (foto S. Artuñedo)



Antiguo colegio de San Sebastián, de la Compañía de Jesús con decoraciones pictóricas como las que descubrió el P. Lamothe (foto S. Artuñedo)

en vela, ya por el rumiar de sus preocupaciones, ya por la difícil convivencia de aquel grupo que apunta al de la película *Viridiana*. Mucho le ayudó Gerardo, alojado en la casa, al que tenía como encargado.

Su gran pasión fueron los pobres, a los que dedicó sus energías, convirtiéndose en mendigo para ellos. Daba lo que tenía, incluso lo que tomaba de la despensa y del frigorífico de su casa. Una muestra palmaria de ello es que en los delirios antes de la muerte, donde imprudentemente sale lo más genuino de uno mismo, repetía insistentemente: “Tengo que atender a los pobres que vienen, que son muchos. Lo necesitan... muchos no comen...”.

También tuvo curiosidad por temas culturales, a los que dedicaba el tiempo y la energía que su pasión primera le permitían, y, necesariamente sin el orden y sistema que esta actividad requiere. Se interesó por la historia de los pueblos donde le llevaba su ministerio, la de la Compañía, tanto en Almería como en Málaga, y llevó a cabo un trabajo de campo, localizando y fotografiando casas, sus restos o sus solares, en las que habían vivido los jesuitas tanto antes de la construcción de la actual Residencia como en la época de la disolución en la República y de la persecución en la Guerra Civil. Esquematisó la historia de las instituciones jesuitas en Málaga,....

En este campo lo más digno de ser reseñado es su aportación a la historia del arte local, al descubrir y haber comenzado el estudio de las fachadas pintadas de las casas malagueñas, especialmente de El Perchel, línea de investigación que después han asumido los profesionales, y han integrado los restauradores de edificios como es patente en el antiguo colegio de la Compañía (Montepío de Viñeros), la parroquia de San Juan, etc. Después de su paciente labor entre 1983 y 1988, da conocer una serie de pinturas al fresco aparecidas a medida que iba avanzando el proceso de degradación arquitectónica de los viejos edificios percheleros. Estudió con esmero algunas de esas fachadas, logrando reunir más de dos millares de fotografías, arte que también cultivó, en las que documentó parte del adorno inmobiliario que fue característico en muchas de sus casas principales. Dio a conocer su trabajo en una conferencia en el colegio de Doctores y Licenciados y en algunos artículos de prensa, y, sobre todo, contagió a los estudiosos del arte.

A juicio del padre Jorge Lamothe, y tal como históricamente sucedió en otras ciudades durante los mismos periodos, las pinturas exteriores de los edificios indicaban el oficio, arte, industria, comercio o actividad de sus habitantes, de manera que orientaban a la población acerca del negocio al cual se dedicaban, el carácter industrial del mismo, propiedad y uso público, administrativo o privado.

Dichas pinturas habían sido realizadas sobre fachadas previamente tratadas para ello. Los adornos aparecidos no se ceñían exclusivamente al tema simbólico o representativo de la actividad artesanal, mercantil o religiosa, sino que en ocasiones son creaciones pictóricas muy creativas hechas para acentuar o mejorar el propio diseño arquitectónico de los edificios. Así, se comprobó la existencia de pinturas sobre marcos de puertas, ventanas y restantes huecos de las fachadas, en las que la creatividad del artista de turno pintó columnas sobre bases rematadas por capiteles que, en algunos casos, sostenían airoso frontones; arcos,



Placa de censo del convento de Sta. Clara rescatada por el P. Lamothe y depositada en el A.D.E. (foto R. Marín)



Calle dedicada al padre Lamothe en el Perchel (foto S. Artuñedo)

grecas, cenefas y ménsulas aparecieron en número abundante. Los colores predominantes fueron siempre los azules, amarillos, rojos y rosáceos.

Alguna iconografía más original puede ser la figura de un San Francisco de Asís con crucifijo en las manos y sangrante corazón en el pecho en calle Pulidero, 3; portal, cierros y ventanas exteriores engalanados en calle Zurradores, 5; adornos y enmarcados de huecos, ventanas y balcones en Agustín Parejo, 7; figura masculina semidesnuda con niño al hombro —semejante a la conocida iconografía de San Cristóbal— en calle Santa Rosa, 4; anciano sentado junto a un escudo heráldico y medallón ático de hombre con canastos en San Jacinto, 4 (antiguísima Casa del Administrador ya demolida); jarrón rococó y otros adornos de la época en Pulidero, 7; adolescente con máscara de elefante, figura de Minerva y adorno de huecos y rehundidos, ventanas y cierros en pasillo de Atocha, 5. Igualmente, otras numerosas fachadas presentaban, como en el caso de la calle Cerrojo, número 8, conocida como Casa del Obispo, exquisitos y muy bien ejecutados adornos mudéjares que hablaban de la relevancia y singularidad que, en tiempos, tuvo la casa.

Jorge organizó un rascado general de las fachadas, que en muchos casos realizó personalmente con una escalera y una espátula, y con ayuda de algunas personas, como Trini García Herrera; consiguió una buena colección de fotografías, que, junto con otras de barriadas y pueblos y sus apuntes de historia, deseó que fueran entregadas al Museo de Artes Populares.

Su salud acabó resintiéndose con un deterioro general psicossomático: siempre agotado, falta notable de memoria, dificultad para concentración.... Con la salud ya minada, en abril de 1999, llega a la enfermería de Cartuja para una revisión médica a fondo e iniciar un proceso de recuperación. Allí tenía la posibilidad de dedicarse al estudio de la historia, aprovechando la magnífica biblioteca de la Facultad de Teología. El superior de la residencia de Málaga, Luis M.^a Álvarez-Ossorio, pagó sus deudas y tuvo que clausurar la Casita de San José. Jorge había sido sensible a una necesidad que todo el mundo conocía, y le puso un remedio insuficiente, pero lo que él había improvisado a los pocos años se hizo una sólida realidad cuando la Compañía de Jesús donó a Cáritas el antiguo edificio de las Congregaciones Marianas para que, después de rehabilitarlo, instalara en él el Hogar Pozo Dulce, un centro de acogida para personas sin hogar inaugurado por el obispo Don Antonio Dorado el 11 de diciembre de 2001.

Jorge logró reponerse bastante, pero los superiores creyeron mejor para él que permaneciera allí. Algunos días que se sentía mejor se acercó a explorar de cerca el último lienzo de muralla del Albaicín, donde le pareció ver algunas grafías. Recorrió ese mismo barrio, intentando ubicar de modo cierto la casa que, según la tradición, había sido escuela de jesuitas para moriscos antes del levantamiento de 1568. Exploró la iglesia de San Bartolomé, que, por aquella misma época habían regentado los jesuitas, y quiso llegarse al abandonado cortijo de Jesús del Valle, Darro arriba por un camino que sale del Sacromonte, que había sido la hacienda del antiguo colegio jesuita de San Pablo, actual Facultad de Derecho, del que se anunció su reconstrucción para un hotel.

183

Omnipotens sempiternus Deus, ego Georgius Lamothé Lopez de Arroyabe, licet undecumque Divino tuo conspectu indignissimus, pietus tamen pietate ac misericordia tua infinita, et impulsus tibi servandi desiderio, voveo coram sacratissima Virgine Maria, et curia tua coelesti universa, Divinae Maiestati tuae Paupertatem, Castitatem, et Obedientiam perpetuam in Societate Jesu, et promitto eandem Societatem me ingressurum, ut vitam in ea perpetuo degam; omnia intelligendo iuxta ipsius Societatis Constitutiones.

A tua ergo immensa bonitate et clementia per Jesu Christi sanguinem peto suppliciter ut hoc holocaustum in odorem suavitatis admittere digneris, et, ut largitus es ad hoc desiderandum et offereendum sic etiam ad explendum gratiam uberem largiaris.

Postea Sanctae Mariae, die vigesima octava Augusti, anni millesimi nongentesimi quadragésimi sexti, in sacello Cerezi hujus collegii ac domus probationis Sancti Aloisii Gonzaga

Georgius Lamothé Lopez de Arroyabe S.J.

Coram me
Augustinus Palacios S.J.

Autógrafo con la "Fórmula de los votos del bienio", 28 de agosto de 1946

Pero esos días buenos fueron pocos, y unos meses después fallecía, a las 5 de la madrugada del día 6 de agosto de 2000, festividad de la Transfiguración del Señor, a los 73 años de edad y 56 de Compañía. El día siguiente a las 10 y media de la mañana se celebró la Misa “corpore insepulto” para pedir a Jesús por aquel que supo reconocer su rostro en los más humildes. Al continuación recibió cristiana sepultura en el cementerio jesuita de Cartuja, junto a tantos compañeros que invirtieron su vida en los mismos ideales y con diversos trabajos.

Pronto el Ayuntamiento acordó perpetuar su memoria en el callejero malagueño y puso el nombre de P. Jorge Lamothe a una calle de El Perchel, rótulo que fue inaugurado por el Alcalde Don Francisco de la Torre, el 25 de marzo de 2003 a las 12 de la mañana, acompañado de un pequeño grupo disperso de familiares, compañeros y amigos. Un poco más retirados, no podían faltar los vecinos de El Perchel –más bien, vecinas, con chanclas, bata de guatiné y moño recogido-, que aprovecharon las despedidas finales para pedirle al Alcalde un parque y contenedores de basura para aquel sitio, sugerencia que el popular edil no dudó en recoger, incluso pidiendo sugerencias concretas.

Desde entonces, cada vez que se sale del centro por la calle Mármoles, el caminante se topa uno con este cartel a la izquierda, en el arranque de la calle, y puede elevar una plegaria de acción de gracias por este jesuita peculiar, vivo aún en la memoria de muchos malagueños, especialmente, de los marginales.

Acabo con unas palabras prestadas de la necrológica que le dedicó su gran amigo Manolo Olmedo en las páginas del diario Sur el 15 de diciembre de 2000:

“Así fue mi amigo Jorge Lamothe: un hombre extraordinariamente bondadoso, siempre jovial, abogado de causas perdidas, enamorado de su ministerio y de la historia de Málaga, desprendido, humilde y trabajador, que nunca se preocupó de él mismo porque no le quedaba tiempo más que para preocuparse de los demás, y precisamente de los más pobres, de la escoria, de los marginados...”